

EL FUTURO DE AMERICA LATINA *

Aunque los próximos diez años estarán plagados de incertidumbres es probable que América Latina siga siendo el área de crecimiento más rápido de todo el mundo. Su liderazgo dentro del Tercer Mundo permitirá al continente actuar como catalizador entre las prósperas naciones nucleadas en la OCDE por una parte, y las 100 naciones no alineadas del Sur por otra. Latinoamérica desempeñará nuevos papeles en la Cuenca Económica del Pacífico y en la Comunidad del Atlántico.

Debido a la tensa situación política que soporta Europa, América Latina atraerá en forma creciente las inversiones del viejo mundo. Hacia 1980, América Latina tendrá una población de 350 millones de habitantes, y un producto bruto regional de más de 400 billones de dólares USA, en poder adquisitivo correspondiente al año 1976. Este potencial de inversiones podrá llegar a ser incluso más atractivo mediante nuevos intentos de integración pragmática, que canalicen exitosamente los esfuerzos tendentes a lograr inversiones inter-Latinoamericanas y corrientes comerciales.

Un polo de atracción lo podría constituir el llamado cono Sur, que comprende la cuenca del río de La Plata, donde la presencia de represas hidroeléctricas, agua en abundancia y tierras fértiles en el área que bordea los cinco países (incluyendo Argentina y Brasil) determinará la aparición de nuevos complejos industriales. Brasil se constituirá en una potencia de mediano poder mundial e irradiará su nueva fuerza sobre Latinoamérica a través de acuerdos bilaterales. El liderazgo financiero de Venezuela, centralizado en el petróleo, será reconocido por la mayoría de los países.

Los aspectos negativos de América Latina subyacen en la esfera política. Mientras que se mantendrá la tendencia a ser representada por gobiernos fuertes, es probable que emerjan nuevas formas de alian-

* El autor ha publicado en más de treinta países sobre temas del futuro relacionados con el desarrollo de América Latina, Asia y África.

zas y liderazgos cívico-militares. Esto a su vez requerirá de un grado mayor de cooperación entre los sectores públicos y privados—incluyendo a la exitosa clase media—. El desafío más grande para estas nuevas clases de liderazgo estará representado por los peligrosamente altos niveles de desempleo y subempleo, que darán lugar a la aparición de fuertes corrientes de tendencias de izquierda, al descontento y a la violencia. El quid de la cuestión residirá en la habilidad de América Latina de resolver su desarrollo rural, cuestión de mayor importancia para muchos países, y que en América Latina sigue siendo el «hogar» de los más pobres entre los pobres. Este hecho se ve incrementado por la explosión demográfica que, aunque va siendo reducida paulatinamente, excede ampliamente la posibilidad de absorción económica de Latinoamérica.

La llave del futuro: la gente

Con algunas excepciones, la mayoría de la población de Sudamérica se congrega en las zonas costeras, incluyendo en un esfuerzo imaginativo, las ciudades de San Pablo y Caracas. La población de América Latina se distribuye desproporcionalmente en pocas concentraciones urbanas y en un millón de caseríos asentados muchas veces en provincias prácticamente despobladas. Mientras esta tendencia continúa aún vigente, se están propagando movimientos opuestos, a medida que los gobiernos comprenden que las tres grandes prioridades—gente, alimentos y exportaciones—dependen de un desarrollo rural equilibrado.

Los gigantescos complejos hidroeléctricos, como por ejemplo los de Salto Grande en Uruguay e Itaipú y Yaciretá en Paraguay, podrán actuar como nuevos polos de atracción para la agro-industria y otros grupos industriales. El descubrimiento mexicano de petróleo en Chiapas y Tabasco, los corredores brasileros de exportación y los precios mundiales en ascenso para las materias primas básicas, podrán convertir a regiones atrasadas y lejanas en zonas más atractivas para el asentamiento de poblaciones. La neurosis urbana, la contaminación del aire y los embotellamientos de tráfico podrán detener el éxodo rural con la ayuda de la presión ejercida por los gobiernos.

La gente, sin lugar a dudas constituye la mayor riqueza sin explotar de América Latina. Cerca de un tercio de su población permanece ajena a toda posibilidad económica. Su integración en una dinámica sociedad es el desafío primordial que deberá afrontar en los

próximos diez años. Esto se hace más imperioso debido al hecho de que la mitad de su población tiene diecisiete años o menos, y dado que el analfabetismo y el desempleo son sus riesgos mayores. Los gobiernos no tendrán otra alternativa que no sea la de lograr el crecimiento económico, teniendo en cuenta una más justa redistribución de ingresos, ya sea que lo consigan a través de la previsión o por la fuerza. Este pasa a ser un doloroso dilema cuando están en disputa objetivos sociales y económicos mutuamente dependientes.

Sin embargo, el desafío demográfico número uno de América Latina no es su explosiva tasa de crecimiento, sino la distribución tan desigual de su población. Por ejemplo, los habitantes de México residen en una zona que cuenta con sólo el 15 por 100 del agua disponible. La fértil provincia del Matto Grosso está prácticamente vacía, mientras que la contaminada ciudad de San Pablo pronto será poblada por 12 millones de habitantes y contendrá un millón de vehículos.

La población de América Latina está dedicada a distintas actividades económicas, ocupándose un 40 por 100 en actividades primarias (agricultura, pesca, forestación y ganadería), el 35 por 100 en actividades de gobierno, comercio, servicios domésticos, y el 25 por 100 en la industria manufacturera, la construcción y la energía. Esta irregular distribución también comprende grupos por edad, ya que cerca de la mitad de la población no es productiva: su edad promedio gira alrededor de los diecisiete años o menos, lo cual no es compensado por el trabajo de las mujeres, ya que éstas se emplean percibiendo bajos salarios, o ninguno.

Latinoamérica es una sociedad dual. Tomemos el caso de Brasil. Se trata de un país que se presenta siendo en parte una moderna sociedad, mientras que el resto tiene las características de una sociedad artesanal. Muchos de sus habitantes son cristianos en tanto que otros practican antiguos ritos africanos. Coexisten ultramodernas operaciones cardiovasculares junto a las visitas a médicos brujos. Es frecuente encontrar barrios pobres cerca de edificios lujosamente construidos, así como *bungalows* con modernas piletas de natación en zonas suburbanas, rodeados por chozas donde habitan familias de trabajadores que deben comprar el agua que necesitan para sus necesidades más elementales.

El futuro de América Latina reside en su habilidad para suprimir estos agudos contrastes. Para lograrlo, necesitará programar migraciones internas de las ciudades a zonas más despobladas; fomentar la educación masiva de los adultos, como se hiciera a través del progra-

ma Mobral; promover las actividades de trabajo intensivo, incluyendo la tecnificación de la agricultura, los trabajos públicos y las viviendas de bajo costo; la planificación familiar y el establecimiento de adecuados niveles mínimos de ingresos.

Un cambio importante: la política exterior

Dada la posición que ocupa Latinoamérica en el diálogo Norte-Sur, ésta necesita una nueva política exterior. En el pasado, muchos países tenían un rol periférico en los asuntos mundiales, mientras que otros se alineaban junto a los países del Tercer Mundo cuando les resultaba oportuno. Cuando el no alineamiento pierda su significado, gran parte de los países de América Latina decidirán lograr un equilibrio en su política exterior, por medio de alianzas con los países industriales de quienes dependen para sus negocios e inversiones, y con otras naciones en desarrollo, de cuya solidaridad necesitan en el foro internacional.

La posición más independiente de América Latina respecto de los Estados Unidos, como también sus intentos fracasados de carácter regional y subregional, reclaman una política exterior más flexible, que contemple sus aspiraciones económicas. La estrategia de México constituye un caso típico. Su política exterior—influenciada por su proximidad con los Estados Unidos—se basa en la autodeterminación, la no intervención, su oposición al uso de la intimidación y la fuerza en las relaciones internacionales, y su apoyo a toda cooperación económica donde se respete la identidad nacional. México adhiere a la doctrina Estrada que aspira a proscribir el reconocimiento de gobiernos por superpotencias, como un instrumento para ejercer presión en favor de mezquinos intereses nacionales, tanto militares como comerciales.

En el cono Sur, la política exterior es moldeada por la necesidad de mantener un equilibrio entre los dos gigantes vecinos, Argentina y Brasil. Sin embargo, la problemática interna de Argentina comparada con el prolongado *boom* de Brasil—agregado al hecho de que Brasil tendrá pronto una población cinco veces mayor que Argentina—da lugar a una realidad geopolítica que sitúa a Brasil en una categoría aparte. Hasta que Argentina sortee sus problemas internos, su política exterior será más de carácter regional que global.

La política exterior sigue siendo un asunto muy delicado como lo demuestran la aspiración de Bolivia de conseguir una salida al Océano

Pacífico; los problemas de frontera latentes entre algunos países; la abundancia o escasez de petróleo; los repentinos vaivenes de las balanzas de pagos; las votaciones en las Naciones Unidas, y los frecuentes problemas entre militares y civiles, entre gobiernos de derecha e izquierda, que mantienen a América Latina en constante incertidumbre. Es quizá en su configuración política donde podemos hallar la razón de su postura en los asuntos mundiales.

Política: movimiento pendular

Durante décadas, el continente se vio afectado por numerosas fluctuaciones políticas. Estas van desde un liderazgo de cincuenta años ejercido por un solo partido político, como es el caso de México, hasta la constante discontinuidad que presenta la Argentina en la composición, filosofía y estrategia de sus gobiernos. En la actualidad, abundan en la región los gobiernos militares. Sin contar la zona del Caribe, encontramos sólo cuatro gobiernos civiles en Iberoamérica (continental).

El péndulo continuará oscilando otra década más. Un número cada vez mayor de observadores políticos anticipan que llegarán a producirse alianzas cívico-militares de diferentes intensidades y combinaciones. Esperan que ninguna facción pueda gobernar efectivamente sin el apoyo abierto o encubierto de la otra. En gran parte de América Latina, el promedio de los votantes es de veintiocho años o menos —y ejercen presión para que se les permita participar en asuntos de estado o municipios, especialmente cuando pertenecen a la élite de trabajadores o a la clase media.

Brasil podría ser el ejemplo más representativo de una alianza cívico-militar. Parte del control civil va siendo restaurado gradualmente, conservando los militares el control de las posiciones básicas que les aseguran una influencia constante. Esto permitirá al gobierno responder más libremente a las aspiraciones populares de carácter económico y político. Los recientes acontecimientos ocurridos en los Estados Unidos, Portugal, España y en los países vecinos, influirán en la decisión de Brasil de encontrar una fórmula de gobierno que sea viable —una que pueda hacer frente a situaciones tan difíciles como una inflación que ya es endémica y una excesiva falta de trabajo. No se debe desestimar el efecto demostrativo que representa para los países vecinos una exitosa alianza cívico-militar.

México, por su parte, buscará remediar la atrofia en los canales de comunicación entre la burocracia gubernamental y los sectores populares marginados. Existe también la necesidad de modernizar el sistema político—basado aún en la voluntad de un individuo y en una cerrada jerarquía—. Está en juego la distribución de ingresos, la que resumiría el desafío económico de la mayor parte de América Latina.

El quid de la cuestión: la distribución de ingresos

En términos generales, se considera que la economía de América Latina se desenvuelve favorablemente y se espera un desarrollo sostenido que le permitirá duplicar su producto regional hacia 1990, en términos reales. Sin embargo, poco importará que el promedio de ingresos per cápita sobrepase los mil dólares en 1977, mientras se mantengan los agudos desniveles en su distribución. La desigualdad de ingresos entre el 1 por 100 más rico y el 20 por 100 más pobre alcanzará la proporción de cien a uno. Esto forma parte de una política económica diseñada para lograr un rápido crecimiento, el incremento de la industrialización y las exportaciones. Como resultado trae aparejado el postergamiento del sector rural y en menor medida del mercado interno en casi todos los países de América Latina. La década de 1980 será testigo de la reversión parcial de este proceso como consecuencia, aunque fuera únicamente, de la presión demográfica.

El desarrollo rural será un paso en dirección a una menor distorsión en la distribución de ingresos, que en sí misma es un paso hacia el logro de un mercado interno más fuerte y de mayor envergadura para el consumo de productos básicos. Ejemplo de esta necesidad de desarrollo rural lo constituye Venezuela, donde 800.000 personas ocupadas en trabajos agrícolas, producen el 5 por 100 del producto nacional, mientras que 40.000 personas empleadas en la industria petrolera producen el 40 por 100 del producto nacional. Como en el caso de Colombia, la ampliación de la base económica está en relación al incremento de la distribución de riquezas—pero estas políticas sólo son exitosas cuando se obtienen grandes ganancias con las exportaciones o cuando las cosechas son muy favorables.

También juegan un papel muy importante en estos planes de gobierno, las variaciones climáticas y de la política económica internacional. Por otro lado, ningún otro plan puede asegurar la viabilidad

de un país dado que la existencia de islas de riqueza en océanos de pobreza sólo pueden producir tensiones, violencia y caos. El propósito de Colombia de eliminar las distancias económicas entre la ciudad y el campo y entre analfabetos y quienes recibieron educación, encontrará eco en toda América Latina en la década del 80. Latinoamérica cuenta con los recursos naturales necesarios para llevar adelante este ambicioso programa.

Recursos naturales: un inmenso potencial

Las ganancias que América Latina obtiene por sus exportaciones, provienen principalmente de productos agrícolas tales como la caña de azúcar, el café, el algodón, los cereales, la carne, el caucho, la pesca, las bananas, la soja, etc.; minerales tales como el cobre, el hierro, el plomo, el cinc, el estaño, la plata y, por último, aunque no menos importante, el petróleo.

La importancia atribuida por Latinoamérica a la sobreindustrialización declinará en los próximos diez años, ya que resulta evidente que la industria no crea empleos ni exportaciones suficientes, ni produce el alimento necesario para dar de comer a grandes masas. América Latina fomentará una vez más el desarrollo de sus recursos naturales, incluyendo la agro-industria.

Emergerán nuevas prioridades, incluyendo la construcción de rutas hacia sectores rurales y centros de alimentación, trabajos de infraestructura en irrigación y servicios, facilidades de almacenamiento y transporte, créditos bancarios para cooperativas, corredores de exportación y facilidades portuarias, financiamiento a largo plazo para la compra de tractores, semillas, implementos y otros gastos.

En el área de energía, América Latina avanzará a pasos agigantados. A los exportadores tradicionales de petróleo (Venezuela, Ecuador y Bolivia) se le agregarán México y Perú. Bolivia llegará a ser un gran exportador de gas natural. El alto precio del petróleo obligará a Brasil a explorar sus reservas de petróleo y otras fuentes de energía como el carbón. Algún día, quizá más allá de los diez años que estamos considerando, Latinoamérica hará un uso generoso de la energía solar—lo que determinará que el continente pase a ser un gran productor de energía y productos intensivo-energéticos, en un mundo ávido de ésta—. El cuantioso potencial hidroeléctrico del Paraguay, los gigantescos hallazgos de fosfato de México, la riqueza en cobre

de Chile, los tesoros escondidos de la zona Amazónica—todos ellos se suman a las riquezas en recursos naturales que vuelven tan atractivo el futuro de América Latina.

Abundan los «cuellos de botella»

América Latina debe afrontar serias restricciones en su intento de explotar su fabuloso potencial. Algunas de estas limitaciones responden a su topografía. Cuando se le preguntó a Hernán Cortes cómo era México, estrujó un pedazo de pergamino en su puño, lo soltó y dijo: éste es el mapa de México. Lo mismo se puede decir de Perú, Colombia, Chile o Guatemala. Latinoamérica tiene una gran diversidad de paisajes, desde el Polo Sur hasta el tórrido desierto, desde regiones selváticas hasta zonas de altas montañas, desde grandes extensiones de suelos áridos hasta otras tan ricas que producen tres cosechas por año.

La disponibilidad de agua es otro obstáculo importante, especialmente en países como Perú, Chile, México, algunas partes de Argentina y Brasil.

Pero los perjuicios ocasionados por el hombre superan por amplio margen los provocados por la naturaleza. Un círculo vicioso de desnutrición, subempleo, agudos problemas de salud y analfabetismo de gran parte de su población, privan a casi la mitad de los latinoamericanos de la utilización de su potencial humano. Esta es la mitad olvidada, olvidada en los planes nacionales, en los presupuestos nacionales, en los programas nacionales y en la solidaridad nacional. En la década del 70 se comenzó a actuar para tratar de cambiar esta situación, pero se considera que la década del 80 será la suprema prueba que medirá la capacidad de América Latina de incorporar a una gran parte de su población marginada a la actividad cultural, social y económica.

El programa de educación adulta masiva del Brasil significó un buen comienzo. Lo mismo puede decirse del plan de construcción de escuelas rurales de México. Por otro lado, Argentina logró un buen nivel de educación en su población, pero no previó la ocupación de la gente capacitada. La riqueza petrolífera de Venezuela se utiliza para proporcionar educación técnica en todas las áreas. Ninguna de las naciones de América Latina, sin embargo, da a la educación la importancia—en presupuesto, preparación de maestros y profesores—

que es necesaria para que toda su población marginada tenga la oportunidad de alcanzar el umbral que le permita disfrutar de las amenidades básicas de la vida.

Las inestabilidades políticas constituyen otra difícil cuestión, lo mismo que la falta de disciplina monetaria reflejada en índices de inflación fuera de toda posibilidad de control. También se debe mencionar la falta de cooperación inter-Latinoamericana como restricción al desarrollo.

Resumiendo

La presencia de intereses creados muy importantes—se opone a los cambios estructurales que serían necesarios para lograr la modernización de América Latina de acuerdo con su potencial. Desde el comienzo de la década del 80 se seguirán produciendo desórdenes y violencia, aunque sólo sea para recordar a los gobiernos y facciones de poder, la existencia de la mitad olvidada de su población. Pero, comparado con los urgentes problemas que afrontan otras regiones del mundo, América Latina parecería estar en mejores condiciones de explotar su potencial que Asia y Africa, y ésta llegará a ser realmente la «clase media» del mundo.

Mientras que Europa duda entre el Este y el Oeste, mientras que el centro de gravitación se desplaza del Atlántico al Pacífico, y mientras que la riqueza de recursos naturales, especialmente la energía, el agua y las proteínas comienzan a jugar un rol geopolítico muy importante, 400 millones de latinoamericanos ejercerán presión en favor de esa parte del mundo. Será una transición muy difícil, pero en la década del 80 América Latina se «graduará» en asuntos mundiales.

ANDRÉ VAN DAM

